



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: El sentido inicial de la emancipación

Autor: Rumazo González, Alfonso

Forma sugerida de citar: Rumazo, A. (1989). El sentido inicial de la emancipación. *Cuadernos Americanos*, 2(14), 9-14.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época año III, núm. 14, (marzo-abril 1989).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EL SENTIDO INICIAL DE LA EMANCIPACION

Por *Alfonso RUMAZO GONZÁLEZ*
HISTORIADOR ECUATORIANO

LA EMANCIPACIÓN LATINOAMERICANA tuvo primero una teoría, creada por Francisco de Miranda varios años antes de la guerra de liberación. Constaba esa teoría de dos partes: la estrictamente militar, fundamentada en la ayuda de Inglaterra y los Estados Unidos, en apoyo de las sublevaciones regionales, y la político-administrativa. El postulado de la Independencia en sí era una especie de artículo de fe para muchos, después del ejemplo norteamericano.

Cuando desembarcó Miranda en Carolina del Norte, en 1783, huyendo de España donde, por intrigas y calumnias, querían encarcelarlo —a los dieciséis años la Corte de Madrid lo declaró inocente—, tuvo una preocupación fundamental: conocer los lugares en que se habían dado las batallas, ahora que todo estaba muy fresco (el último contingente británico había salido del país sólo dos meses atrás); esperaba especialmente tratar a los hombres que actuaron en la magna hazaña. Podría decirse que arribó con una única palabra grande dentro del espíritu: ¡Independencia! La norteamericana, y sólo ella, por el momento.

Logró numerosas amistades muy pronto, por las cartas de recomendación dadas por el general Cagigal en La Habana; conoció personalmente al héroe mayor, el general George Washington, quien lo invitó a su mesa todos los días de la estada del prócer en Filadelfia; trató al general francés Lafayette en Boston; la mayoría de los capitanes de la lucha contra Inglaterra fueron sus amigos.

Entre los muchos altos oficiales, hubo dos con quienes entró en muy firme nexo: el general Henry Knox y el coronel Alexander Hamilton. Ambos escucharon las amplias exposiciones mirandinas sobre la posibilidad de la emancipación latinoamericana; las oyeron y las respaldaron con entusiasmo.

¿Era que, antes de ir a los Estados Unidos, Miranda no había pensado en esa emancipación? Evidentemente, la verdad no era esa. La idea estaba en el ambiente de la mayoría de las gentes

pensantes; se consideraba obvio que la liberación norteamericana incitaría a la del resto del continente. La originalidad de Miranda no podía estar en eso; con Knox y Hamilton no habló únicamente de ese tema, vago en cierto modo aunque lógico. Fueron más allá: se preguntaron quién iba a encabezar y a dirigir esa revolución gigante, quién iba a sacrificarse en esa empresa de titanes. Había un único posible: Miranda.

En Nueva York nació, así, el Miranda verdadero, el que iba a organizar la revuelta continental contra España y quizás contra Portugal; el que se volvería el líder de la rebeldía americana. Los oficiales norteamericanos lo asesoraron militarmente, lo orientaron hicieronle ver a este sudamericano de treinta y cuatro años la magnitud del empeño y le mostraron cuánto había costado realizarlo en los Estados Unidos. Miranda, valeroso, aceptó la difícil hazaña y se sintió jefe y ordenador de ella. Friamente escribió en su Diario: "Fue en la ciudad de Nueva York, en 1784, donde se formó el proyecto actual de la independencia y la libertad de todo el continente americano, con la cooperación de la Inglaterra, tanto más interesada cuanto que la España había dado ya el ejemplo, forzándola a reconocer la independencia de las colonias del propio continente". Se formó el proyecto, dice, pero hay que entender el resto: ese proyecto tenía ya una cabeza dirigente y responsable, que no era ni Knox ni Hamilton; éstos, al solidarizarse con la idea, habían entregado sus conocimientos militares, nada más. Miranda asumió la trascendencia entera de lo que se proyectaba.

Después de este plan inicial, de este nacer para algo nuevo en la historia, Miranda recorrió Europa por un lapso de cuatro años. Necesitaba, según propio testimonio, completar sus conocimientos humanísticos, estudiar idiomas, escuchar la opinión de muchos en diferentes países sobre el proyecto de emancipación americana; quería, sobre todo, analizar las varias formas de gobierno, las diferentes fórmulas políticas, las estructuras administrativas, militares, sociales y hasta estéticas, a fin de extractar algo adecuado a la América Latina.

Claro aparece que estaba operando de una manera idealista, teórica. De su América mestiza, de donde había salido a los veinte años, no conocía, además de Caracas, sino parte de Cuba y Jamaica; no tuvo el amplio contacto directo que cabía con el lar inmenso al que quería libertar. Al buscar la teoría, actuaba sabiamente; la teoría es anterior al hecho de una revolución verdadera.

Al final de su amplísima gira, que lo llevó hasta la corte de Catalina de Rusia —vio todos los países de Europa—, presentó al gobierno inglés un plan severamente concertado, minuciosamente

previsor y rebosante de afirmaciones certeras, destinado a iniciar y llevar a fragua y éxito la emancipación americana. En esas páginas consta el sentido inicial, dado por él, de la Independencia. Sentido de unidad y sentido de cooperación, las dos cosas simultáneamente. Este proyecto será ampliamente complementado y perfeccionado, seis años más tarde, lo defenderá con pacientísima insistencia por espacio de casi una década. La invencibilidad fundada en la paciencia es tan valiosa como la expresada en la potencialidad de ataque.

Salcedo Bastardo condensa así el pensamiento planificador mirandino:

El plan militar tiene previstos los itinerarios para los distintos destacamentos que ayudarán en la limpieza de América. Para esta primera fase del movimiento, piensa en una organización insurgente con un Jefe, Hatunapa, cuya autoridad durará hasta la formación del Gobierno Federal, y dos magistrados, Curacas, para ejecutar las leyes. Habrá también una Corte Marcial y un Tribunal de Policía Militar. Los sacerdotes serán regidos por un Vicario General y habrá tolerancia de cultos... Una vez conseguida la autonomía, se establecerá un grande y poderoso Imperio Federado, cuya capital será la ciudad de Colombia, a fundarse en el centro de América (se apunta a Panamá)... En su régimen mixto monárquico-republicano, el Ejecutivo sería encabezado por dos Incas, nombrados por el Concilio o Congreso colombiano. Uno de ellos permanecería siempre en Colombia, mientras el otro recorrería el dilatado territorio. Como órganos de los Incas y nombrados por ellos, habría dos Cuestores o administradores del Tesoro; dos Ediles, para las obras públicas; y seis Censores, para la vigilancia de las costumbres... El poder Legislativo constaría de dos Cámaras: una de Caciques vitalicios, y otra de Comunes, elegidos por el voto popular. Del pueblo emanarían también los Cabildos y las Asambleas Provinciales, Amautas.
(Historia Fundamental de Venezuela)

Casi estamos en las zonas de la fantasía, con estos nombres de origen inca, que no traen otro propósito que el de mostrar una presencia y una raíz estrictamente americanas.

Tal fue, en síntesis, el sentido inicial de la gesta emancipadora: un sentido político-administrativo de varias inspiraciones, incluso la inglesa; se advierten muchos aspectos ilusorios.

Debe pensarse detenidamente en la teoría del apoyo o cooperación de la Gran Bretaña, preconizada por Miranda de modo enfático y persistente. Tenía dos razones para ello: ante todo, la con-

sideración de la potencialidad internacional de ese Imperio, que venía dominando en todas partes por su poderío marítimo. Si se quería eliminar a España, también potente, era indispensable una potencia mayor: ¡la de la hazaña de Trafalgar! Además —la segunda razón— la emancipación de los Estados Unidos constituía un antecedente muy válido: se la había logrado mediante la sublevación de los norteamericanos, más la ayuda eficaz de Francia y España. Washington solo no habría obtenido el feliz desenlace sino muy difícilmente, y tal vez a más largo plazo. Para pagar la ayuda británica, Miranda pensó especialmente en concesiones aduaneras, en favor de un país de comerciantes.

Los ingleses no dieron la cooperación que, con insistencia de años, les solicitó Miranda. Se ha hablado del carácter titubeante del ministro Pitt, de los métodos británicos excesivamente interesados y de otros factores que explicarían la negativa. Parece más acertado pensar que, desde la aparición de Napoleón Bonaparte, el gobierno inglés se vio forzado a vigilar muy cuidadosamente su política internacional, en vista de que el poderío y la ambición crecientes del Corso constituían una amenaza para todos en Europa. El Emperador necesitaba, muy singularmente, el dominio de Inglaterra para la estructuración plena del vasto imperio por él proyectado. Por la constante presencia de este peligro, era difícil que el régimen británico pudiera considerar con real seriedad los planteamientos mirandinos; la guerra contra Napoleón eliminaba la posibilidad de otras guerras, y más, una muy lejana, del otro lado del Atlántico. (Ya en el desarrollo de la guerra, la cooperación de los ingleses se redujo a la presencia de los voluntarios que integraron la Legión Británica, y a la venta de armas).

¿Qué pensó Bolívar al respecto? Bastará citar su carta a Santander, desde el Cuzco, en 1825:

Liguémonos de alma y cuerpo a los ingleses —le dice—, para conservar siquiera las formas y las ventajas de un gobierno legal y civil... Para que usted vea la prueba evidente de que no podemos existir aislados, ni reunidos en federación, sino con el beneplácito de Inglaterra, vea usted la caída del grande imperio de Napoleón, causada por los ingleses; vea usted a la Rusia queriéndose echar sobre la Turquía y a la Francia sobre nosotros, y sin intentar hacerlo, por respeto a la Inglaterra. La Santa Alianza toda tiembla delante de la Gran Bretaña; y, ¿cómo hemos de existir nosotros si no nos ligamos a ellos? La Inglaterra se halla en una progresión ascendente; desgraciado del que se le oponga. Toda la América junta no vale a la armada británica

Los ingleses, desde Miranda; los ingleses, con Bolívar. Al hablar el Libertador del Congreso de Panamá, escribía: "La iniciativa de este proyecto puede ser la ocasión de consolidar la unión de los nuevos Estados con el Imperio Británico".

Al fracasar los buscados apoyos de Inglaterra y los Estados Unidos, nuestra América, en fortaleza de soledad y reto, tuvo que hacer su independencia sola, con sólo sus propias fuerzas, en desmesurada e ingente suma de sacrificios, dentro de la máxima austeridad valerosa.

¿Fue equivocada la teoría de Miranda, de la necesidad de los auxilios demandados a la Gran Bretaña? En todo caso, fue inútil, principalmente por el obstáculo napoleónico. Cuando se comprobó que esperar era desesperar, Miranda primero y luego Bolívar no dejaron de pensar en una indispensable ayuda; pero dejaron de lado a Europa y a la Nación del Norte, y se dirigieron a lo próximo, a la vecindad. Así, en 1812, año de excepcionalísima luz en este sentido, Miranda, después de firmar la capitulación de San Mateo, proyecta trasladarse —aclaración del insospechable Pedro Gual— a la Nueva Granada, para reanudar la lucha desde allí sobre Venezuela. La ayuda indispensable, ¡pero del vecino! Fue iniciativa luminosa de Miranda, antes que de ningún otro. El testimonio de Pedro Gual se refiere a la conversación que tuvo con Miranda en La Guaira el día anterior a la prisión del líder: "Miranda me dijo —expresa—: volvamos nuestras miradas a Nueva Granada, donde cuento con Nariño, que es mi amigo. Con los recursos que saquemos de aquí, oficiales, municiones, etc., y los que probablemente obtendremos allá, volveremos sobre Caracas, sin correr los peligros en que actualmente estamos amenazados". Bolívar, tal vez sin saberlo, aplicó esta tesis y realizó, casi en seguida, la Campaña Admirable de 1813; después, volteó geográficamente el propósito y libertó a la Nueva Granada desde Venezuela, atravesando los Andes y dando la batalla de Boyacá con soldados venezolanos.

Fue ampliado este rumbo nuevo, cuando el Libertador buscó el respaldo de Petion. Otro tanto sucedió en el sur de América: los ejércitos argentinos de San Martín se unieron a los chilenos para liberar a Chile. Fue un caso de admirable cooperación. Posteriormente, el Perú alcanzó su independencia con la triple confluencia de argentinos, chilenos y grancolombianos, que se unieron a las fuerzas del país.

El pensamiento de Miranda, ya actuante como generalísimo en su patria en 1812, y luego el de Bolívar, sobre cooperación entre vecinos dentro del propio continente, porta una originalidad que

para nosotros asume significado sustancial. La ayuda entre los nuestros, los latinoamericanos, no tuvo el requerimiento inglés de concesiones comerciales y hasta de posibilidad de entrega de territorios. Nadie, en América, exigió nada de los vecinos que acudían al llamado; todo se efectuó sin compromisos. Esto significa que quedó eliminado el peligro de una dependencia; habríamos pasado de la dependencia española a la inglesa. Hay que otorgarle, en consecuencia, a la actitud de Miranda en La Guaira, según el testimonio de Pedro Gual, el valor de una rectificación a fondo, certera y sin daño. Esto se producía a tiempo que el propio Gual había sido designado para viajar a los Estados Unidos en demanda de socorro. Gual suspendió el viaje; o comprendió la significación de la rectificación murandina, o su intuición le advirtió que en los Estados Unidos nada, absolutamente nada, conseguiría. ¡El hecho de auxiliarse mutuamente fue un bello y firme comienzo de integración!

He tomado como tema de mi trabajo el sentido inicial de la emancipación, porque es preciso no olvidar la continuidad histórica. Juan David García Bacca, comentando la frase de Marx, quien dice que "No reconocemos más que una ciencia: la ciencia de la historia", escribe: "Estas palabras de Marx son como decir 'no reconocemos más vida que la vida históricamente hecha como niño, joven, adulto, maduro, viejo'. Nadie puede saltar, en salud, de niño a viejo. La historia real de verdad vivible por entendimiento viviente, se hace desde un presente hacia su pasado, y desde él hacia su porvenir".